

VARIEDADES

RECORDANDO LA SACRA MEMORIA DEL PADRE PEDRO MARTINEZ VELEZ

«mi ducé, mi signore, mi maestro»

*A su queridísimo discípulo e hijo
espiritual Reverendo Padre Miguel de
la Pinta Llorente, con toda la emoción
de mi alma.*

MOSSÉN BAROLOMÉ BARCELÓ

Guardo hace ya tiempo entre mis carpetas este puñado de rosas—que eso son los versos de su autor—Mossén Bartolomé Barceló, de Felanitx, Maestro en Gay Saber—ofrendadas a la sacra memoria del Padre Maestro Fr. Pedro Martínez Vélez, antiguo Director del *Archivo Agustino*, Maestro mío queridísimo y hombre representativo, si los hay, entre las minorías cultivadas e ilustres de nuestra Corporación. Conoció el poeta mallorquín a nuestro venerable Padre Martínez Vélez en tierras americanas, y ha llevado toda su vida el recuerdo precioso de la amistad generosa e inolvidable del insigne agustino. Caído el Padre Vélez en las trágicas matanzas del período rojo, Mossén Barceló ha querido dedicarle estas liras, algunas de ellas magníficas por la inspiración y técnica. El número exacto de las octavas reales que comprende la *Fábula de Polifeo y Galatea* y unas veintitrés liras más que las contadas por el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. ¿Cede Mossén Bartolomé Barceló a lo anecdótico y didáctico? ¿Acaso podremos renegar de la Epístola Moral a Fabio o de las Coplas de Jorge Manrique? Barceló está vinculado radicalmente al valenciano Ausias March y al genialísimo Raimundo Lulio, y es escritor que vibra a todo latido de cuanto sea auténticamente bello.

P. Miguel de la Pinta Llorente

¡Qué cambios! Cada día
 pedía un alma nueva al nuevo oriente,
 y hoy la memoria mía
 cementerio es viviente,
 prieto de caras Sombras por simiente.

Pese al desliz voluble
 del tiempo, infiel a todo, a todas cierto
 vínculo indisoluble
 con ahincos de injerto,
 las ata a mi vivir de medio muerto.

Y si alguien despojara
 de ellas a mi piadoso y fiel lirismo,
 veríame en la avara
 noche de inmenso abismo,
 del todo abandonado de mí mismo.

¡Ay triste! Y, desde ahora,
 la tuya tan preclara que ilumina
 y amable que enamora,
 pálida y purpurina,
 ¿va a hacer, ¡oh mártir!, que mi Mnemosina
 grite en silencio, agudo,
 cual de Eliseo el grito al ígneo Elías,
 su padre y el escudo
 de Israel en sus días,
 y el más seguro de sus recios guías?

¿Qué daga—¡ay Dios!—me asesta
 y hunde del alma mía en las entrañas
 noticia tan funesta,
 que en todas las Españas
 dolor de Gelboé da a sus montañas?

¡Padre Martínez Vélez!
Ahora ya lo sé... y la vaga ayuda
 que a mis ansias crüeles
 de náufrago la duda
 prestara compasiva, la más cruda

de las certezas vino
de golpe a disiparla: Tal un viento
diabólico al marino
corta el vital aliento
y abisma, con el nauta, el bastimento...

Yo vine a tu Castilla —
—¡y más *ancha* en tu alma y pecho que en su anchura
de mar de maravilla
que sueña y prefigura
nuevos mundos de Imperio y de Aventura!—

no sólo por el gusto
de ver su casta desnudez, obseso
de su esplendor augusto,
donde madura el beso
del sol y sus caricias y embeleso;

ni sólo a cerciorarme
—según ya barrunté en la *Puna* andina,
pues de ello ni un adarme
en libros se adivina—
de que el Señor, que ordena y predestina,

sus miras singulares
tuvo plasmando a tu país, de modo
que, en lo más arduo, pares
fuesen, si no en un todo,
Castilla y alma América: Acomodo

que, de fallar, habría
sumido en la locura o desespero
la audacia más bravía
del más aventurero,
con tan altura y páramo severo...

Ni a la Ciudad subía
de Lope, *Emperador*, si ella dinasta
de su alta monarquía
que sola a sí se basta,
feliz, perenne e inmensamente vasta.

Yo no subí a la *Villa*
del aire más sutil y el más gracioso
que baila a maravilla
y hace bailar a su *Oso*,
para ver sólo tanto sitio hermoso;

ni sólo—y se lo admiro
preso de pasmo altísimo y sagrado—,
para en su gran *Retiro*
perderme de buen grado,
cual por perdido Edén de nuevo hallado.

¿Y el *Prado*? Aplauda ¡oh lumbre!
a tus Campos Eliseos y a Flora
policroma en la cumbre...:
Su abeja rondadora
fui en él, de mil delicias libadora.

Mas, vine a los Madriles
a impulsos, sobre todo, del anhelo
—¡oh único entre miles!—
de aspirar el consuelo
del aire que fué tuyo acá en el suelo.

Y aura así de piadosa
volveríame a aquella tu *conquista*,
la urbe de Santa Rosa
que no hay quien la resista:
¡Que allí la tuya apareció a mi vista!

Sí, sí. Y, de peregrino,
llegar quisiera a tu villorrio a solas,
fué el clavo, el torcedor, el desconsuelo!
como seguí el camino
de aquella *Falgarolas*
dó el niño *Verdaguer* cogió amapolas...

Perdone el Rey *Prudente*,
—Salomón nuevo y nuevo Justiniano
del Escorial ingente—
que dice el Genio *Hispano*
dando a la Esfera y a la Cruz su mano;

perdone si en la misma
 escurialense atmósfera que sabe
 y huele a uncciones de crisma
 que inflúyenos suave
 e hispanos nos *confirma*, excelsa y grave.

flotantes emisiones
 de tu selecto espíritu amistoso
 y aun visos de visiones
 de tu luz, ya en reposo,
 percibir quiso mi delirio ansioso...

Mas ¡ay! Precisamente
 donde ya el tiempo con lo eterno empalma
 y, *todo él presente*,
 tres siglos ciñe en calma,
 la *verdad cruda* partió en dos mi alma:

Verdad que me temía
 y años, por tanto, abstuvo mi miedo
 de tentar a la impía,
 toquéla y... ya no puedo
 mentirme: ¡¡Huele a sangre el aire acedo!!

Sí, huele a sangre tuya,
 Víctima sacra—¡ay Dios—de Caínitas;
 sangre que hiciera suya
 Jesús y en sus benditas
 Llagas florece aún en exquisitas

rosas—¿llover las veo?—
 rosas como las rosas en diluvio,
 —¡rosas de Jubileo!—
 del santo que de Gubio
 amansó al Lobo con su manso efluvio...

.....

Yo que intimé contigo
 —que al bache no desdeña el sol, tan puro,
 y, al sonreírle, amigo,

luce en su fondo oscuro—,
¡yo sé de tus martirios el más duro!

¿Acaso aún no lo sientes
en lo de bueno en mí, por tu contagio,
—alumbrador de fuentes
tales que, el ser tu plagio
fuera, por trueque, mi más rico agio?—

¿Morir? ¿La sepultura?
Si no rompe la cáscara el polluelo
no alcanzará la altura...
¡Otro, de tu gran duelo,
fué el clavo, el torcedor, el desconsuelo.

¿¡Cómo!? ¿Y de las entrañas
de la ubérrima Madre de naciones,
de nuestra España Españas,
tantos y tan Nerones
nacieron? ¡Oh verdugos abortones!

Tan pronto como tuve
¡Gracias a Dios!—la suerte, y la más buena,
de hallarte, ví, sin nube,
tu alma *se abrir* serena
así un molino en cruz de alada antena:

Sí, cual en cruz molino
de viento, en cruz danzante y que labora,
—¡espléndido destino!—
y a luna y sol y aurora
se brinda, como al vuelo, abrazadora...

Y, al punto, el adivino
que augura en los videntes corazones,
gritóme: «¡El agustino
según las... efusiones
más amistosas de las *Confesiones!*»

Sin duda. Y tu *Nebridio*
ser quise y tu adoptivo *Deodato*...
¡Padre! Cómo te envidio

tu don de hacerte grato
más que a la sed la linfa del regato.

—¡Amigo!—¿No era ésta
tu palabra de timbre más sonoro
que vestía de fiesta
el aire y ¡oh tesoro!
tu «*hymnum hilare*» en terciopelo y oro?

—¡Amigo! Sé de cierto
—el corazón no engaña—que, en las rudas
congojas de tu Huerto,
—¿por qué aun en mí trasudas?—
dicho lo hubieras—como el Cristo—a Judas.

Sí; como Cristo, el *Bueno*,
nuestro *Amigo* mayor y sumo Hermano,
cuyo divino seno
más reprehendió el insano
Traidor que no la Cruz, por *inhumano*.

Y en prensa tal tu vida
sangró de extrema angustia, al ver la saña
de tanto *hispanicida*
de espuria, vil calaña,
contra hijos fieles a su madre España.

Aquello era el Misterio
de los misterios para ti, Patriota
digno de España-Imperio:
¡Misterio de una ignota
horrura que *ni brizna* de luz brota!

Y, de la pena a impulsos,
debiste tú envidiar los «Fusilados»
de Goya, si convulsos
y mustios y crispados,
por el odio extranjero al fin honrados...

.....
.....

¡Adiós! *Por ti* venía
Padre Martínez Vélez, y mis ojos
¡ay! ni la urna pía
vieron de tus despojos...
¿Do están? Do me pondré, por ti, de hinojos?

¡Adiós! Y cuanto veo
parece que suspira por mirarte,
—de par con mi deseo—
ya en natura, ya en arte:
¡Mi tierra, sobre todo, en todo a aparte!

¡Adiós! A mi regreso
sangrar, a trechos, *de tu sangre he visto*
la Meseta y, por eso,
¡Mártir de Jesucristo!
vi en ella a tu *Ara* y en creerlo insisto.

¡Adiós! Siempre que suba
yo al altar santo y bese el sitio en donde
—¡grano de opresa uva!—
la reliquia se esconde
que al cuerpo de algún mártir corresponde,

será la Mesa espejo
de mi memoria y ésta el espejismo
o el lúcido reflejo
de tu reflejo mismo,
radioso de Amistad y de Optimismo.

Y he de rogarte, luego,
ruegues a Dios por nuestra Patria, al borde
de ese volcán en fuego
que atiza la discorde
Europa y nos amaga su desborde...

Es ciega *Orestíada*
la tragedia de Europa sin ventura
de sangre embriagada;
y, en su voraz locura,
gusanera es de sí y su sepultura!

Ni aun cuando el predominio
del *número* a favor de quien más arde
en ansias de exterminio
del que *burló* en cobarde,
lo aniquilara... ¿y qué? Pronto o más tarde,

la *tierra*, con sus jugos,
se tomaría *radical* venganza,
y, hostil a extraños yugos
y hecha a su semejanza,
la *raza* surgirá con más pujanza.

¡Dios! Pueblo de codicia
que en todo mar y tierra entróse a saco,
—magüer que la avaricia
dicen que rompe el saco...—
¡Bolas los otros y él... billar y taco!

por vil envidia al Otro,
más fuerte y culto, a extraños continentes
vendió el nuestro en el potro...;
y a tales dirigentes
¿aun aplauden sus víctimas dementes?

Madre de divisiones,
la pérfida nación, nación felina,
peste es de las naciones:
¡Que la Piedad Divina
de ella nos guarde, de ella y su vecina!

Tal vez muy más que Rusia,
Averno de crudezas esteparias
que llama a la *Parusia*,
¡fueron tus victimarias,
en pésimos políticos y parias...!

¡Cómo el clamor comprendo
de las criaturas todas que escuchara
Juan, ¡hacia Dios rugiendo
porque el cruor vengara
de cuántos justos Babilón matara!

Pero, yo sé que sólo
 vengarte puede el *Gran Perdón*, si vuela
 del uno al otro Polo,
 dejando por estela
 luz de Concordia do la Paz riela.

«Amar y haz lo que gustes»:
 ¡Síntesis suma del doctor de Hipona!
 Y, amando sin embustes,
 al lauro de Belona
 al Iris' tú prefieres por corona.

Tú y el purpúreo coro
 gracia impetráis por los verdugos plena.
 Pides: «¡Oh Amor! te imploro:
 Bendiciré mi pena
 si el amor tuyo a amarte les condena.»

¡Y a amarnos, Mentor mío,
 los unos a los otros!, pues, Erebo
 y Orco es el odio impío;
 y el *Mandamiento nuevo*
 nos lo dió Cristo al dársenos en Cebo...!

¡Sea y adiós!—Si cabe
 para quien se sumió en tu misma vida,
 cerró y echó la llave
 que da por bien perdida,
 te dé, ya nunca, entera despedida—.

Adiós...! y hasta la vista...
 ¡Besos a Fray Lúis, el leonino,
 supremo Citarista!
 Con los dos de contino
 ¡Quién departir pudiese, cual *Sabino*

con *Juliano y Marcelo!*
 No en la Flecha, orillando la corriente
 del Tormes, sino al vuelo
 y absortos en la fuente
 de tu «alto bien» «¡alma región lucente!».

Loando, de consuno,
y en unidad de acorde y de Iris terso,
los tres al Trino y Uno
Señor del Universo:
¡¡Oh Trisagio!! ¡¡Oh Triunfo en Paz inmerso!!